

LOS CANTOS DE JUAN PABLO CASTEL

(FRAGMENTO)

POR VICENTE QUIRARTE

I

ENTONCES mi mano eclipsa
la lámpara que inunda
el calor húmedo del cuarto,
buscando lentamente tu pecho
en mala, intencionada imitación
de no sé qué película francesa.

Y antes del primer escalofrío Renoir
que la sola mirada enciende en mis falanges,
el espejo dibuja tus caderas odaliscas.
Ingres hubiera amado esa manera de tenderte,
más bella que un tulipan creciendo en el asfalto.

Después que nuestras olas alcanzan litoral,
recobran la unidad de su principio.
Salimos al frío de las calles
y aunque ha dejado de llover
te coloco la gabardina sobre los hombros.
Entramos en un túnel, no el mío,
sino otro común para los hombres,
y quisiera afirmar, más que preguntarte,
'otra vez, cuándo te veo',
pero sólo hay tiempo para un beso sin sonido
antes que te pierdas tras las puertas automáticas
y aprietes el rostro contra el vidrio
mientras adolescentes feroces ven tus muslos.

Salgo al aire mojado de la noche
y al recordar aquellas tardes
en las que octubre cede en tu mirada,
al sentir en la lana del suéter tu perfume,
no puedo dejar de pensar
en cómo demonios las arreglas,
para borrar de tu cuerpo mi presencia
cuando besas de entrada a tu marido.

II

EL mar y los ojos de mujeres,
cada día más dueños de la tierra,
hacen la misma invitación a la oscuridad,
a la lenta y absoluta oscuridad final
que ya no alojará los torvos cómplices
ganados por el amor a cada cabeza cercenada.

Mujeres desdentadas y marineros jotos
me sonríen,
acaricio carne blanda, elijo mi veneno
para dormir sin ignorar el día, dueño
del secreto para desafiar el alba.
No hay mañana.

En la tierra de los cuerpos el ciego es rey
y no el amor sino el odio nos impulsa,
nos une en la efímera nupcia de la ola
y es tras el fuego que el silencio vierte,
sin prisa y cruel, su cáliz de ceniza.

Bebemos la última copa, levanto los brazos
para avanzar por ese océano de sillas y botellas
y te odio entonces por tu ternura,
por no aceptar las sobras de un banquete
al que enanos y adesiosos llegan tarde,
al que no puedo entrar con puerta abierta
y que es para ti comida cotidiana.

El aire balanceando barcos
nos golpea desde el muelle.
En el sabor del alba ya anunciada
se olvidan los pactos con la muerte.
Abordo la nave que me aguarda,
pintada otra vez y con las velas nuevas.
Si la muerte tiene
el sabor ceniciento de estos días tapiados
donde las redes estrechan su tejido,
si aún entonces persisten los engaños
¿quién nos señalará el camino
que lleva hacia esos días.
en que la vida cantó y nos aleteó por dentro
como el vibrar de una flecha
recién clavada en el blanco?